

## CAPITULO XII.

## AMAD Á VUESTROS ENEMIGOS.

Volved el bien por el mal.—Los enemigos desencarnados.—Si alguno os hiere en la mejilla derecha, presentadle aún la izquierda.—*Instrucciones de los Espiritus.*—La venganza.—El odio.—El duelo.

*Volved el bien por el mal.*

1. Sabéis que se ha dicho: «Amareis á vuestro prójimo y aborrecereis á vuestros enemigos.» Y yo os digo: *Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y os calumnian; á fin de que seais los hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace levantar el sol sobre los buenos y los malos, y hace llover sobre los justos y los injustos;—porque si no amais mas que á aquellos que os aman, ¿qué recompensa tendreis por esto? ¿No lo hacen así los publicanos? Y si no saludais mas que á vuestros hermanos, ¿qué haceis en ello mas que los otros? ¿Los paganos no lo hacen así tambien? Yo os digo, que si vuestra justicia no es mas abundante que la de los escribas y los fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.* (San Mateo, cap. V, v. 20 y del 43 al 47.)

2. Si vosotros no amais mas que á aquellos que os aman, ¿qué mérito tendreis en ello, supuesto que las gentes de mala vida, aman tambien á los que las aman?—¿Si vosotros no haceis bien sino á aquel que os lo hace, ¿qué mérito tendreis por ello, supuesto que las gentes de

mala vida hacen lo mismo?—Y si no prestais sino á aquellos de quienes esperais la misma gracia, ¿qué mérito tendreis en ello, supuesto que las gentes de mal vivir se prestan mutuamente para disfrutar de la misma ventaja? Mas vosotros, *amad á vuestros enemigos, haced bien á todos, y prestad sin esperar recompensa, y entonces esta será muy grande, y sereis los hijos del Altísimo, porque El es bueno para los ingratos y aún para los malvados. Sed, pues, misericordiosos, como vuestro Dios está lleno de misericordia.* (San Lucas, cap. VI, v. del 32 al 36.)

3. Si el amor del prójimo es el principio de la caridad, amar á sus enemigos es la aplicacion sublime de ella, porque esta virtud es una de las mas grandes victorias alcanzadas sobre el egoismo y el orgullo.

Si embargo, se equivoca generalmente el sentido de la palabra *amar* en estas circunstancias; Jesus no ha entendido, por estas palabras, que se debe tener por un enemigo la misma ternura que se tiene por un hermano ó un amigo; la ternura supone confianza; pero no se puede tener confianza en el que se sabe que nos quiere mal; no se pueden tener con él las expansiones de la amistad, porque se le cree capaz de abusar de ella; entre gentes que desconfian unas de otras, no pueden existir los lazos de simpatía que existen entre aquellos que están en comunión de pensamientos; no puede, en fin, tenerse la misma satisfaccion en hallarse con un enemigo que con un amigo.

Este sentimiento aún resulta de una ley física: la de asimilacion y repulsion de los flúidos; el pensamiento malévolo dirige una corriente fluídica, cuya impresion es penosa; el pensamiento benévolo os envuelve en un flúido agradable; de ahí la diferencia de sensaciones que se experimentan á la aproximacion de un amigo ó de un enemigo. Amar á sus enemigos, no puede significar, pues, que no se deba hacer una diferencia entre estos y los amigos; este precepto no parece difícil, imposible aún de practicarse, sino porque se cree falsamente que prescribe el deber de darles el mismo lugar en el corazon. Si la pobreza

de las lenguas humanas obliga á servirse de la misma palabra para expresar diversos grados de sentimientos, la razon debe hacer la diferencia de ellos, segun los casos.

Amar á sus enemigos, es tener por ellos una afeccion que no está en la naturaleza, porque el contacto de un enemigo hace latir el corazon de muy distinta manera que el de un amigo; es no tener contra ellos odio, ni rencor, ni deseo de venganza; es perdonarles *sin doblez ni condiciones* el mal que nos hacen; es no poner obstáculo á la reconciliacion; es desearles el bien, en lugar de hacerles mal; es alegrarse por el bien que reciben: es tenderles una mano compasiva en caso de necesidad; es abstenerse *en palabras y acciones* de todo lo que los puede dañar; es en fin, volverles en todo, el bien por el mal, *sin intencion de humillarlos*. Cualquiera que haga esto llenará las condiciones del mandamiento: «Amad á vuestros enemigos.»

4. Amar á sus enemigos, es un contrasentido para los incrédulos; aquel para quien la vida presente es todo, no ve en su enemigo mas que un sér pernicioso que turba su reposo, y de quien cree que solo la muerte puede desembarazarlo; de aquí el deseo de la venganza; ningun interes hay en perdonarlo, si no es por satisfacer su orgullo á los ojos del mundo; perdonar aún en ciertos casos, le parece una debilidad indigna de él; si no se vengga, conserva el rencor y un secreto deseo del mal.

Para el creyente, pero para el espíritu sobre todo, la manera de ver es muy distinta, porque dirige sus miradas al pasado y al porvenir, entre los cuales la vida presente no es mas que un punto; este sabe, que por el destino mismo de la Tierra, debe encontrar en ella hombres perversos y malvados; que las maldades de que es el blanco, hacen parte de las pruebas que tiene que sufrir, y el punto de vista elevado en que se coloca, le hace las vicisitudes menos amargas, ya vengan de los hombres ó de las cosas; *si no murmura contra las pruebas, no debe murmurar contra aquellos que son los instru-*

*mentos de estas; si en lugar de quejarse, da gracias á Dios porque lo prueba, debe bendecir la mano que le proporciona la ocasion de mostrar su paciencia y su resignacion.* Este pensamiento lo dispone naturalmente al perdon; siente, ademas, que mientras mas generoso es, es tambien mas grande á sus propios ojos, y se halla fuera del alcance de los tiros malévolos de sus enemigos.

El hombre que ocupa un rango elevado en el mundo, no se cree ofendido por los insultos de aquel que ve como á su inferior; así sucede con el que se eleva en el mundo moral sobre la humanidad material; comprende que el odio y el rencor lo envilecerian y lo humillarían; y en consecuencia, para ser superior á su adversario, ve que es necesario tener una alma mas grande, noble y generosa.

#### *Los enemigos desencarnados.*

5. El espíritu tiene aún otros motivos de indulgencia hácia sus enemigos. El sabe desde luego, que la maldad no es el estado permanente de los hombres; que tiende á una imperfeccion momentánea, y que, lo mismo que el niño se corrige de sus faltas y de sus defectos, el hombre malo reconocerá un dia sus errores, y vendrá á ser bueno.

Sabe aún, que la muerte no lo librará mas que de la preseneia material de su enemigo, y que éste puede perseguirlo con su odio, aún despues de haber dejado la Tierra; y por consiguiente, la venganza no tiene objeto; que ésta, al contrario, tiene por efecto producir una irritacion mas grande que puede continuarse de una existencia á otra. Estaba reservado al Espiritismo probar, por la experiencia y la ley que rige las relaciones del mundo visible, que la expresion *extinguir el odio en la sangre*, es

radicalmente falsa, y lo que es cierto, es que la sangre conserva el odio aún mas allá de la tumba; queda, por consiguiente, una razon de ser efectiva y una utilidad práctica al perdon y á la sublime máxima del Cristo: *Amad á vuestros enemigos*. No hay un corazon tan perverso que no sea tocado de buenos sentimientos, aún sin pensar en ello; por los buenos sentimientos se quita, al menos, todo pretexto de represalias; de un enemigo se puede hacer un amigo antes de su muerte. Con los malos procedimientos se le irrita, y por esto el mismo sirve entonces de instrumento á la justicia divina, para castigar al que no ha perdonado.

6. Puede, pues, haber enemigos entre los encarnados y los desencarnados; los enemigos del mundo invisible manifiestan su malevolencia por las obsesiones y las subyugaciones, de que tantos son el blanco, y que son una variedad en las pruebas de la vida; estas pruebas, como las otras, ayudan al progreso, y deben ser aceptadas con resignacion, y como consecuencia de la naturaleza inferior del globo terrestre; si no hubiera hombres malos en la Tierra, no habria Espíritus malos en derredor de ellos. Si, pues, se debe tener indulgencia y benevolencia para enemigos encarnados, se debe tener igualmente para los que están desencarnados.

Antiguamente se sacrificaban víctimas para apaciguar á los dioses infernales, que no eran otros que los malos Espíritus. A los dioses infernales sucedieron los demonios que son la misma cosa. El Espiritismo viene á probar que estos demonios no son otros que las almas de los hombres perversos, que no se han despojado aún de los instintos materiales; *que no se les apacigua, sino con el sacrificio del odio, es decir, por la caridad*; que la caridad, no tiene solamente por efecto impedir que hagan el mal, sino conducirlos por el camino del bien, y contribuir á su salud. Así es como la máxima: *amad á vuestros enemigos*, no está circunscrita al estrecho círculo de la

Tierra y de la vida presente, sino que entra en la gran ley de la solidaridad y de la fraternidad universal.

*Si alguno os hiere en la mejilla derecha, presentadle aún la izquierda.*

7. Vosotros sabeis que fué dicho: ojo por ojo y diente por diente,—y yo os digo que no resistais al mal que se os quiera hacer; sino que, *si alguno os hiere en la mejilla derecha, presentadle aún la izquierda*; y si alguno quiere litigar contra vosotros por tomar vuestros vestidos, abandonadle aún vuestra capa;—y si alguno quiere obligaros á andar mil pasos con él, andad dos mil.—Dadle al que os pide, y no rechaceis al que quiere pedirlo prestado. (San Mateo, cap. V, v. del 38 al 42.)

8. Las preocupaciones del mundo, sobre lo que se ha convenido en llamar pundonor, dan esta susceptibilidad espantadiza, nacida del orgullo y de la exaltacion de la personalidad que lleva al hombre á volver injuria por injuria, herida por herida, lo que parece justo á aquel cuyo sentido moral no se eleva mas allá de sus pasiones terrestres; por esto decia la ley mosáica: «ojo por ojo, diente por diente», ley en armonía con el tiempo en que vivia Moisés. Pero ha venido el Cristo, y ha dicho: «volved el bien por el mal.» Dijo, ademas: «No resistais al mal que se os quiera hacer; *si os hieren en una mejilla, presentad la otra.*» Al orgulloso, esta máxima le parece una cobardía, porque no comprende que hay mas valor en tolerar un insulto que en vengarlo; y esto es siempre, porque su vista no alcanza mas que el presente. ¿Es necesario, no obstante, tomar á la letra esta máxima? No, como tampoco la que dice: «el ojo malo sacadlo, si es una ocasion de escándalo»; llevado á todas sus consecuencias, seria condenar toda represion, aún la legal, y dejar el

campo libre á los malvados, quitándoles todo temor; si no se opusiese un freno á sus agresiones, bien pronto todos los buenos serian víctimas suyas. Aún el instinto de la conservacion que es una ley de la naturaleza, aconseja no entregar benévolamente el cuello al asesino. Por estas palabras, Jesus no ha prohibido la defensa, sino que *condena la venganza*. Al decir: cuando una mejilla es herida, que se presente la otra, es decir, bajo otra forma, que no se debe volver mal por mal; que el hombre debe aceptar con humildad, todo lo que tienda á castigar su orgullo; que es mas glorioso para él ser herido que herir; soportar pacientemente una injusticia, que cometerla él mismo; que vale mas ser engañado que engañar; ser arruinado que arruinar á otros. Esto es á la verdad, la reprobacion del duelo que no es mas que una manifestacion del orgullo. La fé en la vida futura y en la justicia de Dios, que jamas deja el mal impune, puede dar la fuerza para soportar pacientemente los golpes dados á nuestros intereses y á nuestro amor propio; por esto decimos sin cesar: Llevad vuestras miradas adelante; mientras mas os eleveis por la paciencia sobre la vida material, menos mal tratados sereis por las cosas de la Tierra.

#### INSTRUCCIONES DE LOS ESPIRITUS.

##### *La venganza.*

La venganza es la última excrecencia ocasionada por las costumbres bárbaras, que tienden á desaparecer de enmedio de los hombres. Esta es con el duelo uno de los últimos vestigios de las costumbres salvajes, bajo las cuales luchaba la humanidad al principio de la era cristiana. La venganza es un indicio cierto del estado de atraso de

los hombres que se entregan á ella y de los Espíritus que pueden aún inspirarla. Así, pues, amigos míos, ese sentimiento no debe jamas hacer vibrar el corazon de cualquiera que se diga espírita. Vengarse es, bien lo sabies, de tal manera contrario á esta prescripcion de Jesucristo "¡Perdonad á vuestros enemigos!" que el que se rehuse á perdonar, no solo no es espírita, pero ni aún cristiano. La venganza es una inspiracion tanto mas funesta, cuanto que la falsedad y la bajeza son sus compañeras inseparables; en efecto, el que se abandona á esta fatal y ciega pasion, no se venga casi jamas á descubierto. Cuando es el mas fuerte, cae como fiera sobre aquel á quien llama su enemigo, cuando la vista de éste inflama su pasion, su cólera y su odio. Pero lo mas comun es que se revista de una apariencia hipócrita, y ocultando en lo mas profundo de su corazon los sentimientos que le animan, toma caminos extraviados y sigue en las sombras á su enemigo, que está sin desconfianza, y espera el momento propicio para herirle sin peligro; se oculta espiándole sin cesar, le pone asechanzas odiosas, y echa, á la hora oportuna, el veneno en su copa. Cuando su odio no llega hasta el extremo, le ataca en su honor y en sus afecciones; no retrocede ante la calumnia, y sus insinuaciones pérfidas, hábilmente sembradas por todas partes, van ampliándole el camino. Así es que cuando el que él persigue, se presenta en los círculos donde su aliento envenenado ha pasado, se sorprende al encontrar semblantes indiferentes en las personas que antes encontraba amigas; se queda estupefacto, cuando manos que buscaban la suya, se rehusan á tomarla; en fin, queda aniquilado cuando sus amigos mas queridos y sus parientes le dan la espalda y huyen de él. ¡Ah! el cobarde que se venga de esa manera, es cien veces mas culpable que el que va directamente á su enemigo y le insulta á cara descubierta.

¡Atras, pues, esas costumbres salvajes! ¡atras esas costumbres de otros tiempos! Todo espírita que aún preten-

diera hoy el derecho de vengarse, seria indigno de figurar por mas tiempo en la corporacion que ha tomado por divisa: *¡Sin caridad, no hay salvacion!* Pero no, no puedo detenerme en una idea semejante, que un miembro de la gran familia Espírita pudiera jamas en el porvenir, ceder á los impulsos de la venganza mas bien que perdonar. (JULIO OLIVIER. Paris, 1862.)

### *El odio.*

10. Amaos los unos á los otros, y sereis dichosos. Emprended la tarea de amar á aquellos que os inspiran indiferencia, odio y menosprecio. El Cristo, del cual debéis hacer vuestro modelo, os ha dado el ejemplo de esta abnegacion; misionero de amor, ha amado hasta dar su sangre y su vida. El sacrificio de amar á los que os ultrajan y persiguen, es penoso; pero esto es precisamente lo que os hace superior á ellos; si los aborreceis como ellos os aborrecen, no valeis mas que ellos; esta es la hostia sin mancha ofrecida á Dios en el altar de vuestro corazon; hostia de agradable olor, cuyos perfumes suben hasta El. Como quiera que sea, la ley de amor pide que se ame indistintamente á todos sus hermanos; ella no resguarda al corazon contra los malos procederes; es al contrario, la prueba mas penosa, yo lo sé, supuesto que durante mi última existencia terrestre, he experimentado este tormento; pero Dios esta ahí, y castiga en esta vida y en la otra á aquellos que faltan á la ley de amor. No olvidéis, mis queridos hijos, que el amor aproxima á Dios, y el odio nos aleja de El. (FENELON. Burdeos, 1861.)

### *El duelo.*

11. Es verdaderamente grande aquel que, conside-

rando la vida como un viaje que debe conducirle al fin, hace poco caso de las asperidades del camino; no se deja separar ni un instante del camino recto; su vista sin cesar se dirige al término; poco le importa que las espinas y malezas del sendero le amenacen, él no suspende su marcha. Exponer sus dias por vengar una injuria, es retroceder ante las pruebas de la vida, es siempre un crimen á los ojos de Dios; y si no estuviérais engañados como lo estais por vuestras preocupaciones, seria una ridícula y suprema locura á los ojos de los hombres.

Hay crimen en el homicidio por el duelo; vuestra legislación aún lo condena; nadie tiene el derecho en ningun caso, de atentar contra la vida de su semejante; crimen á los ojos de Dios que os ha trazado vuestra línea de conducta; aquí, mas que en otra parte, vosotros sois jueces en vuestra propia causa. Reflexionad en que os será perdonado, segun vosotros hayais perdonado; por el perdon, os aproximareis á la Divinidad, porque la clemencia es hermana de la potencia. Mientras corra una gota de sangre humana en la Tierra por la mano de los hombres, el verdadero reino de Dios no llegará; ese reino de paz y de amor, que debe desterrar para siempre de vuestro globo la animosidad, la discordia y la guerra. Entonces, la palabra duelo no existirá ya en vuestro idioma, sino como un lejano y vago recuerdo de un pasado que no volverá jamas; los hombres no reconocerán entre ellos otro antagonismo que la noble rivalidad del bien. (ADOLFO, obispo de Argelia. Marmande, 1861.)

12. El duelo puede, sin duda, en ciertos casos, ser una prueba de valor físico, de desprecio de la vida; pero es, incontestablemente, la prueba de una cobardía moral, así como el suicidio. El suicida no tiene el valor de afrontar las vicisitudes de la vida: el duelista no tiene el de afrontar las ofensas. El Cristo ¿no os ha dicho que hay mas valor en presentar la mejilla izquierda al que ha herido la derecha, que en vengarse de la ofensa? ¿No ha dicho Jesus á Pedro en el jardin de las Olivas: "Vol

ved la espada á su cubierta, porque el que á espada mata á espada muere?" ¿Per estas palabras ¿no condena Jesus para siempre el duelo? En efecto, hijos míos, ¿qué otra cosa es sino una cólera nacida de un temperamento violento que hace subir la sangre á la primera ofensa? ¿dónde está la grandeza de alma de aquel que á la menor injuria pretende lavarla con sangre? ¡Pero que tiembale! porque en el fondo de su conciencia una voz siempre le gritará: "¡Cain, Cain! ¿dónde está tu hermano?" Me ha sido necesario sangre para salvar mi honor, responderá á esa voz; pero le replicará: tú has querido salvarlo ante los hombres por algunos instantes que te restan que vivir en la Tierra, y no has pensado salvarte ante Dios! ¡Pobre loco! ¡Cuánta sangre os demandaria Dios por todos los ultrajes que ha recibido! no solamente lo habeis herido con las espigas y la lanza: no solamente lo habeis puesto en un patíbulo infamante, sino que en medio de su agonía, ha escuchado las burlas que le eran prodigadas. ¿Qué reparacion os ha pedido despues de tantos ultrajes? El último acento del Cordero fué una súplica por sus verdugos. ¡Oh! como él, rogad por aquellos que os ofenden.

Amigos míos, recordad este precepto: "Amaos los unos á los otros," y entonces al golpe dado por el odio, respondereis con una sonrisa, y al ultraje, con el perdon. El mundo, sin duda, se alzaré furioso, y os tratará de cobardes; levantad la cabeza, y mostrad que vuestra frente no teme verse cargada de espigas, á ejemplo del Cristo, porque vuestra mano no quiere ser cómplice de un asesinato que autoriza el orgullo y el amor propio. ¿Al crearos Dios, os ha dado el derecho de vida y de muerte á los unos sobre los otros? No. El no ha dado este derecho mas que á la naturaleza, para reformar y reconstruirse; mas á vosotros, ni aún el permiso de disponer de vosotros mismos. Como el suicida, el duelista está marcado con sangre cuando llegue á Dios, y á uno y á otro, el Soberano Juez preparará duros castigos y largos su-

frimientos. Si ha amenazado con su justicia al que diga á su hermano *¡Racá!* ¡cuánto mas severa será la pena para el que aparezca ante El con las manos teñidas con la sangre de su hermano! (SAN AGUSTIN. Paris, 1862.)

13. El duelo es, lo que en otros tiempos se llamaba el juicio de Dios, una de las instituciones bárbaras que regian en la antigua sociedad. ¿Qué diriais, sin embargo, si vieseis echarse los dos antagonistas en el agua hirviendo ó sometidos al contacto de un hierro candente para concluir su querrela, y darse la razon al que sufriera mejor la prueba? Sin duda tendríais tales costumbres por insensatas. El duelo es aún peor que todo esto. Para el duelista jubilado, es un asesinato cometido á sangre fria y premeditacion; porque está seguro del golpe que piensa dar; para el adversario casi cierto de sucumbir, en razon de su debilidad ó torpeza, es un suicidio cometido con la mas fria reflexion. Yo sé que á menudo se procura evitar esa alternativa igualmente criminal, sujetándola á la suerte; pero entonces ¿no es bajo otra forma volver al juicio de Dios, de la Edad Media? Y aún en esta época será infinitamente menos culpable; el nombre mismo de *Juicio de Dios* indica una fé sencilla, es verdad, pero en fin una fé en la justicia de Dios que no podia dejar sucumbir á un inocente; mientras que en el duelo se apela á la fuerza brutal, de tal manera que á menudo sucumbe el ofendido. ¡Oh amor propio estúpido, tonta vanidad y loco orgullo! ¿Cuándo, pues, sereis reemplazados por la caridad cristiana, el amor al prójimo y la humanidad, de que el Cristo ha dado el precepto y el ejemplo? Entonces desaparecerán esas preocupaciones monstruosas que aún gobiernan á los hombres, y que las leyes son impotentes para reprimir, porque no basta prohibir el mal y prescribir el bien, es necesario que el principio del bien y el horror al mal estén en el corazón del hombre. (UN ESPIRITU PROTECTOR. Burdeos, 1861.)

14. ¿Qué opinion se tendrá de mí, decís vosotros con frecuencia, si rehusó dar la satisfaccion que se me pide,

¿si yo no la pido al que me ha ofendido? Los locos como vosotros, los Espíritus atrasados, os censurarán; pero los que están ilustrados por la antorcha del progreso intelectual y moral, dirán que obráis conforme á la verdadera sabiduría. Reflexionad un poco; por una palabra á menudo dicha al aire, ó muy inofensiva de parte de vuestro hermano, vuestro orgullo se encuentra lastimado, y respondéis de una manera insultante, y de aquí resulta una provocacion. Antes de llegar el momento decisivo, os preguntais si obráis como cristiano, y ¿qué cuenta deberéis á la sociedad si la privais de uno de sus miembros? Pensad en los remordimientos de haber quitado á una mujer su marido, á una madre su hijo, y á los hijos su padre y su sosten. Ciertamente, el que ha hecho una ofensa debe una reparacion; pero ¿no es mas honroso para él darla espontáneamente, reconociendo su error, que exponer la vida de aquel que tiene derecho á quejarse? En cuanto á la ofensa, yo convengo en que algunas veces se puede encontrar gravemente ofendido, ya sea en su persona ó ya con respecto á aquellos que nos tocan de cerca; el amor propio no está solamente en juego, sino que el corazón está herido y sufre; pero, por otra parte, es estúpido jugar su vida contra un miserable capaz de una infamia; y ¿siendo éste muerto, la afrenta, cualquiera que sea, no existe ya? ¿La sangre derramada no da mas renombre á un hecho que si es falso debe caer por sí mismo, y si es verdadero debe ocultarse bajo el silencio? ¿No queda, pues, mas que la satisfaccion de realizar una venganza? ¡Ah! triste satisfaccion que muy á menudo deja desde esta vida punzantes remordimientos! Y si es el ofendido quien sucumbe ¿dónde está la reparacion?

Cuando la caridad sea la regla de conducta de los hombres, conformarán sus actos y palabras á esta máxima: «No hagais á los otros, lo que no querríais que os fuese hecho,» entonces desaparecerán todas las causas de disensiones y con ellas los duelos y las guerras que son duelos de pueblo á pueblo. (FRANCISCO JAVIER. Burdeos, 1861.)

15. El hombre, que por una palabra picante ó por una causa ligera, juega la vida que ha recibido de Dios, con la de su semejante que pertenece únicamente á Dios, es cien veces mas culpable que el miserable que aguijoneado por la codicia ó la necesidad, se introduce en la habitacion para hurtar lo que ha codiciado, y mata á los que se oponen á su designio. Este último es, casi siempre, un hombre sin educacion y que no tiene mas que nociones imperfectas del bien y del mal; mientras que el duelista pertenece, las mas veces, á la clase mas ilustrada; el uno mata brutalmente al otro con método y politica, y esto hace que la sociedad lo excuse. Yo añado que es infinitamente mas culpable que el desgraciado que, cediendo á un sentimiento de venganza, mata en un momento de exasperacion. El duelista no tiene por disculpa la violencia con que arrastra la pasion, porque entre el insulto y la reparacion hay siempre tiempo de reflexionar; obra friamente y con designio premeditado; calcula y estudia para matar con mas seguridad á su adversario. Es verdad que tambien expone su vida, y esto es lo que le rehabilita á los ojos del mundo, porque en ello se ve un acto de valor y un desprecio de su vida; mas ¿hay un verdadero valor cuando se está seguro de sí mismo? El duelo, resto de los tiempos de barbarie, en que el derecho del mas fuerte hacia la ley, desaparecerá con una mas sana apreciacion del verdadero punto de honor, y á medida que el hombre tenga una fé mas viva en la vida futura. (AGUSTINO. Burdeos, 1861.)

*Advertencia.* Los duelos van siendo cada dia mas raros; pero de tiempo en tiempo se ven dolorosos ejemplares; su número no es comparable al que era en otros tiempos. Antes, un hombre no salia de su casa sin prever un encuentro, y así, tomaba siempre sus precauciones. Un signo característico de las costumbres de los tiempos y de los pueblos, está en el uso habitual, franco ú oculto, de las armas ofensivas y defensivas; la abolicion de este uso testimonia el mejoramiento de las costumbres, y es

curioso seguir la graduacion desde la época en que los caballeros no cabalgaban jamas, sino cubiertos de hierro y armados de lanza, hasta portar una simple espada, que vino á ser mas bien un adorno y un accesorio del blason, que una arma agresiva. Otro rasgo de costumbre, es que antiguamente los duelos tenian lugar en plena calle, ante la multitud que se retiraba para dejar el campo libre, y que hoy se ocultan; hoy, la muerte de un hombre, es un acontecimiento que causa en todos alarma, mientras que antiguamente no llamaba la atencion. El Espiritismo hará desaparecer los últimos vestigios de la barbarie, inculcando á los hombres el espíritu de caridad y fraternidad.

## CAPITULO XIII.

QUE VUESTRA MANO IZQUIERDA NO SEPA LO QUE DA  
LA MANO DERECHA.

Hacer el bien sin ostentacion.—Los infortunios ocultos.—Dinero de la viuda.—Convidar á los pobres y á los estropeados.—Favorecer sin esperanza de recompensa.—*Instrucciones de los Espíritus*.—La caridad material y la caridad moral.—La beneficencia.—La piedad.—Los huérfanos.—Beneficios pagados con la ingratitude.—Beneficencia exclusiva.

*Hacer el bien sin ostentacion.*

1. Tened cuidado de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para ser mirados, pues de este modo no recibireis la recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.—Cuando deis limosna no hagais sonar la trompeta delante de vosotros, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para ser honrados de los hombres. Yo os digo en verdad, que ellos han recibido su recompensa. *Sino que, cuando hagais la limosna, vuestra mano izquierda no sepa lo que hace vuestra derecha*,—á fin de que la limosna sea secreta; y vuestro Padre que ve lo que pasa en el secreto, os dé la recompensa. (San Mateo, capítulo VI, v. del 1 al 4.)

2. Habiendo bajado Jesus de la montaña, una grande multitud del pueblo lo seguia;—y al mismo tiempo vino á él un leproso y le adoró diciéndole: Señor, si que-